

## VIII

«Una mañana entró Laura en mi cuarto: hacía ya cerca de un mes que no nos habíamos visto, y su aspecto me sorprendió mucho.

»Estaba muy delgada, pálida y ojerosa; en su frente había una expresión de agudo sufrimiento, que procuró disimular á mis ojos bajo una sonrisa tranquila.

»Hizo con la mano una señal á Gertrudis para que se retirase, y luego me dijo con acento alterado:

»—Melania, nuestro padre ha experimentado grandes pérdidas. Humberto ha ayudado también á su ruina con sus dispendiosos gastos, con sus locuras en el extranjero, que continúan aquí: estas razones le obligan á cambiar de residencia, y marchamos á Alemania esta misma noche. Tiene amigos en Francfort que le ofrecen su ayuda, pero ha de ser estableciéndose allí. Dime tú ahora: ¿qué quieres hacer? Eres árbitra de tu suerte.

»Yo miré á mi hermana con una aflicción profunda.

»—No sé qué responderte—la dije con voz aho-

gada;—á mi edad ¿puedo decidir por mí sola? ¿No ha pensado nuestro padre en mí?

»—No, Melania—me respondió Laura;—fuerza es decirte que no. La mayor parte de sus deudas proceden del desorden, de la afición al lujo de su esposa... Yo también he gastado...; nadie me ponía tasa, y he gastado sin ella... Por eso, pues, nuestro padre está ahora más irritado que nunca contra ti.

»—¿Es decir que me acusa de vuestras culpas?—pregunté con una amarga sonrisa.

»—Te acusa de la muerte de nuestra madre, con la cual era tan dichoso, y la que mantenía tan admirable orden en todas las cosas.

»—¡Ay! ¡Y no soy yo la que más debe lamentar su pérdida?—exclamé sin poder reprimir los sollozos.

»—¡Es cierto!—repuso Laura, de cuyos hermosos ojos brotaron algunas lágrimas;—sí. Todos nosotros somos muy culpables contigo, pobre hermana mía, y nuestra desgracia actual es quizá un castigo de Dios. Pero á pesar de todo, te aconsejo que no te expongas á la cólera de nuestro padre... Aquí vives tranquila, ya que no feliz... ¡No quieras ir á desafiar la tempestad!

»Iba á responder que no quería abandonar á mi familia en la desgracia; pero un sentimiento de orgullo doloroso me detuvo: ¿no era yo rechazada por aquella misma familia que no quería abandonar? Esta cruel idea selló mis labios.

»Laura me rogó que llamase á Gertrudis de nuevo, y la dijo:

»—¿Podrás encargarte de mi hermana? Vamos á partir para un largo viaje, y ella se queda aquí.

»—¡Oh, señorita!; ¿no he de poder?—exclamó llena de alegría la muchacha.—La señorita vivirá con mis padres y conmigo, y nada la faltará.

»—No te pido para ella más que compañía material, y que la sirvas tan bien como hasta aquí—contestó Laura con altivez.—Mi padre la señala veinticinco duros mensuales, y yo la daré diez más, para sus gastos particulares: esto hasta que llegue á la mayor edad, que se la entregará su dote.

»—Voy á buscar á mi madre—dijo Gertrudis, —y usted hablará con ella de estos asuntos, pues yo por mí no entiendo ni una palabra.

»En tanto que ella iba en busca de la anciana, yo lloraba silenciosa, pero amargamente. Laura guardaba un triste silencio.

»Llegó en breve Gertrudis con su madre, que se puso contentísima de poder tenerme en su compañía. Se convino en que Gertrudis se casaría al momento con su novio, y que viviríamos en familia, aunque conservando yo una completa independencia.

»La anciana Felipa, no solamente respondió del asentimiento de su esposo, el señor Pedro, sino también de el del joven Bautista, que era el honrado herrero novio de su hija Gertrudis. Conve-

nidos todos estos puntos, Laura se levantó, y después de dejar un bolsillo en mi falda y un beso en mi frente, salió del aposento.

»Aquella noche entraron á despedirse de mí mi madrastra, Laura y Humberto; los tres estaban ya en traje de camino.

»¡Oh!; ¡no puedo, aun ahora, recordar sin estremecerme la sensación de angustia que experimenté al verlos! ¡Aquello era la despedida de toda mi familia! ¡De la familia dura y cruel que renegaba de mí, que me abandonaba quizá para siempre!...»

Melania detuvo aquí su narración, porque las lágrimas ahogaban su voz y los sollozos oprimían su pecho. Yo la contemplé con muda tristeza, y sólo pude estrechar su mano silenciosamente.

Hay dolores para los cuales no ha inventado aún frases el lenguaje humano, y que no tienen más consuelo que Dios.

Cuando aquella aflicción se hubo calmado algún tanto, Melania enjugó sus ojos, y prosiguió:

»—Poco tengo ya que decirte: mi familia sigue en Alemania, pero la fortuna de mi padre no ha recobrado su esplendor; he recibido algunas cartas de Laura, y en la última, que llegó á mis manos hará dos meses, me anunciaba su casamiento con el joven Marqués de Walpole.

»También Humberto me ha escrito dos veces; pero mi padre no se acuerda de que existo, y así como no me dió su adiós ni su bendición al ale-

jarse de mí, tampoco me ha dirigido ni una palabra que me signifique su recuerdo.

»Jamás podré pagar á esta familia lo que hace por mí: todos me adoran; las niñas me hacen compañía y me divierten todos los ratos que pueden; los dos ancianos se disputan el favor de sonreirme y de cuidarme; Gertrudis no ha dejado de ser mi camarera, y Bautista ó el señor Pedro son mis acompañantes por la noche cuando voy á pasar un rato á casa de alguna amiga.

»Conservo la magnífica camelia que me ha dado mi hermana como recuerdo suyo, y también como una imagen de la esterilidad de la riqueza cuando sólo se emplea para deslumbrar á los demás, y mi hermosa y humilde albahaca como una imagen de lo que puede embellecer la existencia, la caridad y el amor.

»Sí; ese hermoso arbusto es el emblema de la misericordia de Gertrudis: ella perfuma mi habitación como esa benéfica joven ha perfumado mi pobre alma triste con el aroma de sus virtudes.

»He aprendido, además, que todos los dolores de la vida se hacen menores sobrellevados con resignación, porque aquí se cobijan al lado de la escasez, la ancianidad, la infancia y la juventud, y ninguna de las tres edades ha perdido sus matices de calma, de alegría y de felicidad.»

Calló Melania; la historia de su vida estaba terminada; era sencilla, pero dulce y bella como su alma.

Durante algún rato guardamos silencio; las dos estábamos profundamente conmovidas: ella por las memorias que había evocado; yo escuchando su narración.

Yo la abracé, y la dejé para que se retirase á descansar, pues nos hubiera ya sido imposible por aquel día entablar ninguna conversación.

Pocos días después tuve yo que salir para un largo viaje, que duró algunos meses; un amigo mío que llegó de Madrid, y á quien yo pregunté con vivo interés, me dió noticias de Melania. He aquí lo que me refirió.

## IX

Pocos días después de haber yo emprendido mi viaje, volvía Melania á su casa acompañada de la anciana Nicolasa y de las dos niñas.

Era un domingo, y la luz del crepúsculo se confundía ya con las primeras sombras de la noche; hacía ya frío, pues eran los últimos días de Octubre, y apresuraban el paso para volver á casa.

Una mujer, alta, esbelta, y que en su aire demostraba juventud y belleza, se destacó de un portal cercano á la humilde casita que ocupaban Melania con sus amigos, y se acercó á las dos mujeres.

Lucía y Carlota iban delante asidas del brazo, y hablando con la mejor armonía del mundo.

La primera ponderaba el primor de un ramo que había armado aquel día; la segunda se alababa de haber ribeteado muchos zapatos de baile en extremo lindos.

No obstante, aquella figura negra que pasó rozando con sus hombros, las sobresaltó, y Lucía, que era la más tímida y débil, dejó escapar un pequeño grito.

Aquel grito pareció sobrecoger á su vez á la mujer que iba á acercarse, porque retrocedió de nuevo.

—¿Qué desea usted, buena señora?—la preguntó Melania acercándose con bondad;—¿está usted necesitada? En ese caso sólo siento que podré socorrerla con muy pequeña cantidad.

Ninguna respuesta obtuvieron estas palabras. La mujer permanecía callada é inmóvil: parecía que se quería acercar y que no se atrevía.

Melania, no atreviéndose por una parte á dar una limosna que no se la había solicitado, y deseando por otra poner fin á aquella situación extraña, que ya se prolongaba demasiado, dió un paso para retirarse; pero la enlutada figura, adivinando sin duda su pensamiento, se lanzó hacia ella, asió el extremo de su manteleta, y exclamó con voz baja y triste:

—¡Melania!

—¡Cielos!—exclamó la joven.—¡Esa voz...!

—¿No la reconoces?—prosiguió la incógnita.—Quizá te sucederá otro tanto con el semblante.

Diciendo estas palabras levantó el tupido velo de su mantilla, y asiendo la mano de Melania, la condujo cerca de un reverbero.

—¡Amelia!—exclamó la joven estremeciéndose.

—¡Señora, usted aquí!

—¡Sí, yo soy!—repuso con amargura la esposa del banquero;—¡yo, pobre, desgraciada, casi en la miseria, y que he venido á esperarte para pe-

dirte algún socorro que salve á tu padre moribundo!

—¡Señora! ¿Qué es lo que oigo?—exclamó Melania con terror.—¿Mi padre está enfermo?

—¡Moribundo!

—¿Y mi hermana?

—Casada, y olvidándonos en medio de su opulencia y de su felicidad.

—¿Y mi hermano?

—¡Ah!—exclamó Amelia con un grito de desesperación.—¡Humberto, el infame Humberto es la causa de nuestra ruina!

—¡Humberto!

—¡Él solo, sí! Hacía ya largo tiempo que su padre se negaba á darle dinero para sus locos gastos; cada día tenían un violento altercado, en el cual uno y otro se amenazaban sordamente; el hijo puso por obra sus planes y violentó la caja de su padre, robándole todo cuanto poseía.

El terror paralizó la voz de Melania, que nada pudo responder á tan formidable acusación.

—Vamos á ver á mi padre—dijo así que las palabras hallaron paso á través de su oprimida garganta;—y usted, señora Felipa—añadió volviéndose á la anciana y alargándola una llave que sacó de su bolsillo,—usted vaya al instante á casa, abra el cajón de arriba de mi cómoda, y tráigame un bolsillo que hallará en ella.

Después de dada esta orden, Melania se apoyó en el brazo de la esposa de su padre y se dispuso

á alejarse con ella, cuando la voz de la anciana la detuvo preguntándola:

—¿Adónde he de llevar el bolsillo, señorita?

La joven miró indecisa á su madrastra.

Ésta dió las señas, y se alejó rápidamente llevando consigo á Melania.

Cruzaron muchas calles apresurando el paso cada vez más y guardando el más profundo silencio.

Sólo se oía la respiración entrecortada de Amelia, que andaba con una rapidez extrema, y los frecuentes suspiros que se escapaban del pecho de Melania.

Llegaron por fin á uno de los más solitarios barrios de Madrid. Amelia sacó una llave de su bolsillo, y abrió una pequeña puerta situada en un callejón húmedo y estrecho.

El corazón de la joven jorobada se estremeció dolorosamente. ¿Qué se había hecho el lujo, la opulencia de su padre? ¿Qué se había hecho aquel fausto que ella había envidiado tantas veces y con tanta amargura?

¡Juicios impenetrables, pero siempre justos, de Dios! ¡Todo se había convertido en humo! Allí estaban los que tanto habían brillado por su fausto y su opulencia, hundidos en la miseria. Melania, la pobre y abandonada Melania, era ahora la más rica y feliz.

El enfermo se hallaba en una salita angosta y triste, alumbrada por una sola ventana que dejaba

pasar escasa luz á través de unos vidrios empleados; la joven, que hacía ya muchos años que no había visto á su padre, miraba con un asombro doloroso y como á una cosa desconocida aquel semblante pálido y desfigurado, guarnecido de cabellos entrecanos.

¿Dónde estaba la belleza, la energía de aquel hombre? ¡Ay!; ¡habían también desaparecido del mismo modo que su fortuna!

Algunos muebles viejos y muy antiguos eran todo el adorno de la estancia. Al entrar Amelia se dejó caer abrumada de fatiga en una silla: la infeliz hacía dos días que no había tomado alimento, para poder comprar á su marido las medicinas que el médico le había ordenado. Melania se dejó caer de rodillas junto al lecho, y tomó una mano de su padre, que besó, bañándola con sus lágrimas.

Al sentir aquella impresión, el antiguo banquero abrió los ojos con pesadéz; pero, como si le hiriese la poca luz que allí había, volvió á cerrarlos casi al momento.

—¡Oh!—murmuró con voz débil;—¡qué ingratos son mis hijos! Humberto y Laura, á los que tanto amé, son los que me matan ahora. Quizá Melania, á la que yo abandoné, hubiera sido mejor para su padre.

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos del enfermo y bajaron á perderse en su pecho; lanzó luego un hondo suspiro, y murmuró:

—¡Pobre Melania! Nació desgraciada, y yo la hice más... Mis males de hoy son sin duda un castigo del cielo.

La voz del enfermo fué interrumpida por la llegada de la señora Felipa, que venía á todo correr con el bolsillo; en el semblante de la buena mujer había impreso en aquel instante una expresión de inquietud y de profunda pena.

—Me marchó al instante, señorita—la dijo.—Lucía ha llegado á casa enferma, y ha tenido que acostarse.

La buena mujer salió, y Melania puso el bolsillo en las manos de su madrastra.

Pero las facciones de ésta, lejos de alegrarse, conservaron su expresión fría y triste: hubiérase dicho que la desesperación se había aposentado en su alma.

—¡Ay!—exclamó con desconsuelo;—con esto no basta ni aun para contentar á uno de los acreedores de tu padre.

Vació el bolsillo en el hueco de su mano, y cayeron algunas monedas de oro, pero eran en tan corto número, que bien se podía asegurar no llegaban á cuatrocientos reales.

La pobre Melania había sido siempre la que contaba con menos recursos de toda su familia, y no podía en aquel día supremo ser su apoyo.

Amelia dejó sobre la mesa aquella suma y se recostó en su asiento, dejando escapar un ahogado sollozo.

Al oírle, sacudió el cuerpo del enfermo un temblor nervioso, agitó las manos débilmente, y pronunció el nombre de Melania.

La joven se acercó al lecho haciendo un esfuerzo supremo para reprimir sus lágrimas.

—¡Valor, padre mío!—exclamó.—¡Valor, señora! Yo rogaré á Dios que me inspire algún medio para remediar nuestra situación.

La pobre muchacha no sabía lo que se decía; si la hubieran instado para que dijese qué era lo que pensaba hacer, no hubiera podido contestar. La noche había cerrado lluviosa y fría; ningún rumor se oía en la solitaria calle; dentro de la habitación angustiaban el alma, por un lado, los gemidos de Amelia, y por otro, el estertor del moribundo.

La infeliz jorobada fué diez veces hacia la puerta, y otras tantas retrocedió asustada. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer?

Ella no conocía las calles de Madrid, y aunque las hubiera sabido, no trataba más que á dos ó tres familias de fortuna muy mediana.

La noche siguió su curso lento, frío y triste; aquella noche fué un siglo para Melania.

Apenas la luz de la aurora tendió su primer resplandor por el horizonte, salió la pobre joven con la cabeza volcanizada y el semblante pálido. No sabía adónde ir; pero su pensamiento se volvió á Dios como al supremo consolador de los afligidos.

Allí cerca había una iglesia. Melania entró en

ella casi sin saber lo que hacía; pero á la vista de las luces y del sacerdote que celebraba el santo sacrificio de la misa, un rayo de consuelo penetró en su corazón dolorido.

Rezó, no con los labios, que estaban secos y áridos, pero sí con el corazón, que elevó hasta los pies del Altísimo pidiéndole piedad para su padre.

Cuando se levantó, acabada su oración, la fe brillaba en su mirada, y un débil color se había extendido por sus pálidas y heladas mejillas.

Ya había tomado una resolución, porque se encaminó á la puerta de la iglesia, y se detuvo allí mirando á las gentes que iban entrando para la oración de la mañana.

Algunas personas entraron, á las que siguieron las ávidas miradas de la joven; pero sus labios permanecían mudos: parecía como que esperaba alguna cosa que no llegaba.

Un carruaje muy sencillo, pero muy elegante, se detuvo á la puerta del templo, y Melania clavó aquella mirada ansiosa de que ya he hablado en la persona que bajaba.

Apeóse de él una señora joven y en extremo hermosa.

Podría contar de veintidós á veinticinco años; bajaban sus cabellos, en largos rizos dorados, por sus blancas mejillas, y sus ojos, azules como el cielo, tenían una dulcísima expresión.

Su traje era rico, pero exento de toda preten-

sión: un vestido de seda oscuro, un paletó de terciopelo y un sombrero muy sencillo componían su atavío.

Melania se acercó á ella con timidez, juntó las manos y la dijo con voz suplicante:

—¡Señora, mi padre se muere, y no tengo ningún medio de salvarle!

La dama miró á Melania con atenta sorpresa; luego examinó su persona, en la cual, á través de su deformidad, se descubrían los rasgos de una persona bien nacida, y la dijo con dulzura:

—¿Puedo yo hacer algo por su padre de usted, señorita?

—¡Oh, sí señora!—respondió Melania.

—En ese caso dígame usted al instante.

—Pues bien, señora, yo tengo una hermosa maceta de camelias; ¿quiere usted comprármela?

—Con mucho gusto—respondió sonriéndose la señora;—y aun le adelantaré á usted todo el importe de ella.

—¿Cómo?—exclamó Melania;—¿sin ver la maceta?...

—¿Para qué? Usted sabe cómo es, y me lo dirá.

—¡Ah, señora; es que es muy hermosa!—exclamó Melania.

—Las flores lo son siempre, aunque esa la considero hermosísima. Pero veamos qué es lo que quiere usted por ella, ó si no, mejor será que me lo diga en tanto que vamos á casa de su padre de usted.

—¿Va usted á acompañarme?

—Sí por cierto.

La dama subió al coche; Melania la siguió, y el carruaje partió á escape.

Poco tardaron en llegar á la mísera habitación donde la familia del banquero ocultaba su ruina y su desgracia; todo seguía en el mismo estado en que lo había dejado Melania.

Su padre se hallaba sumergido en su dolorosa postración; su madrastra, débil mujer, tan alocada para la alegría como poco resignada para el infortunio, permanecía inmóvil y anonadada.

Junto al lecho se hallaban de pie las señoras Felipa y Nicolasa, en actitud triste y desolada; mas al ver entrar á Melania acompañada de la hermosa dama rubia, la madre de Bautista dió un grito de alegría.

—¡Ah, mi querida madame Brunel!—exclamó.

—¡Usted aquí! ¿Cómo es esto?

—He encontrado á esta señorita—respondió la joven señalando á Melania,—y he venido...

—Á hacer bien siempre, ¿no es verdad?—exclamó con entusiasmo Nicolasa;—sí, á traer á esta casa, como á tantas otras, la alegría y el consuelo.

—Yo puedo muy poco para eso—repuso la florista con modestia; pues aquella hermosa joven no era otra que la florista francesa para cuya casa trabajaba la niña Lucía.

Luego, y como queriendo hacer tomar otro giro

al pensamiento de Nicolasa para que no continuase en sus alabanzas, añadió:

—Cuando yo salí de casa, aún no había ido Lucía. ¿Cómo es que hoy se ha retardado, cuando es siempre ella la más puntual?

—¡Ah, señora!—exclamó tristemente Nicolasa;—¡mi pobre hija está enferma!

—¡Enferma! ¿Desde cuándo?

—Ayer, al volver á casa al anochecer, la entró fiebre y tuvo que acostarse.

—Ahora mismo voy á verla—dijo madame Brunel.

—¡Cómo, señora! ¿Será usted tan buena que vaya á mi casa?—exclamó Nicolasa sorprendida.

—¿Por qué no? Ya sabe usted que yo quiero mucho á Lucía. Voy ahora mismo.

—Y de paso, señora, podrá usted ver mi jarrón—objetó tímidamente Melania.

—Es verdad, señorita—repuso la florista.—Pero, sea como quiera, lo cuento por mío, porque soy apasionada de mi arte y amo mucho las flores... Casualmente necesitaba yo un modelo para hacer camelias, y ahora lo voy á encontrar de un modo providencial. Conque ya puedo dar á usted lo que vale el jarrón, y queda por mío.

Madame Brunel echó mano á su bolsillo; pero se detuvo cortada y casi confusa, temerosa, sin duda, de ofender la delicadeza de Melania: permaneció indecisa durante algunos momentos; pero su gran talento le abrió presto un camino.

—¿De qué es el jarrón?—preguntó á Melania.

—De la China—respondió ésta.

—¿Legítimo?

—Sí, señora.

—¿Y las camelias duran todo el año?

—Cuidándolas mucho, sí, señora.

—¡Magnífico! Bien vale ocho mil reales el florero, siendo como usted me lo explica: ahí están, pues.

Y madame Brunel puso en las manos de Melania un bolsillo bien repleto.

Ésta se quedó mirándola, dudando si soñaba; pero cuando volvió en sí, ya había desaparecido su bienhechora.

Entonces fué á poner el bolsillo en la falda de Amelia, que exclamó palpitante de gozo y con la voz ahogada por la alegría:

—¡Ah! ¡Ya estamos salvadas! ¡Hay para pagar al casero, y ya no nos echará de aquí!

Sus últimas palabras fueron seguidas de la entrada de Gertrudis, que venía á acompañar á su señorita y á hacer lo que ésta juzgase conveniente. Melania la envió al instante á buscar un médico, y volvió á sentarse junto á la cama de su padre, que parecía ajeno á cuanto estaba sucediendo.

Poco tardó en llegar el facultativo: ordenó revulsivos fuertes y una bebida calmante, que debía devolver á los nervios del enfermo su elasticidad perdida.

Hacia el mediodía recibió Melania una carta que le enviaba madame Brunel con Nicolasa.

La joven la abrió, y cayó de su seno un billete de la lotería. La carta decía así:

«Señorita: La magnífica maceta de usted es ya propiedad mía. Siento no tener lo bastante para pagársela á usted según su valor; pero la casualidad puede que se encargue de recompensar á usted de otra manera más espléndida de lo que yo lo he hecho.

»Llevaba el magnífico jarrón con un mozo de esquina, que iba detrás de mi coche, cuando una camelia, desprendida del tallo, cayó al suelo.

»El conductor se detuvo para recogerla, conociendo sin duda el inmenso valor de esas flores en esta estación; pero ya la vió en manos de una pobre muchacha, vendedora ambulante de fósforos y de billetes de lotería.

»Al querérsela quitar, se puso á sollozar amargamente. El conductor pugnaba por recobrar la flor, y no quería pasar adelante, dando gritos de cólera y de indignación; yo mandé detener el coche, y entonces la vendedora corrió á él y asomó su cabeza por la portezuela llorando á gritos.

»—¡Ah, señora!—exclamó.—¡Yo suplico á usted, yo la ruego que me deje esta flor! ¡Yo me la he encontrado caída en el suelo, y es tan hermosa!... Vamos, déjemela usted, y quédese en cambio con este billete de lotería... Aquí está la suer-

te, y es el último que me queda... ¡Mañana lunes sale!

»Yo tomé el billete, herida de una idea repentina:

»—Dejar la flor á esta muchacha, que parece gustar tanto de ella, es una acción buena y generosa; y ese billete tal vez traiga la suerte, según ha dicho ella... ¡Volemos!

»Accedí, y ahí va el billete. ¡Quiera Dios que haya acertado, y que esas flores, que tan generosamente ha vendido para aliviar á su padre enfermo, la traigan la felicidad.

»Soy de usted con la mayor consideración y afecto,

ULPIANA BRUNEL.»

—¡Ah, Dios mío! ¡Qué dicha fuera que cayese la lotería en el billete!—exclamó Nicolasa, que había oído sin pestañear toda la lectura de la carta que Melania hizo en voz alta.

Ésta se sonrió con tristeza y le alargó el billete.

—Esas son ilusiones—dijo:—jamás he tenido yo fe en la lotería.

—¡Pues ello es que á alguno cae!—exclamó Nicolasa.—Vamos, yo me llevo ese billete para que Bautista mire las listas mañana temprano.

La buena mujer salió llevándose el billete y llevando impresa en su honrado semblante una radiosa expresión de fe y de confianza.

## X

El día se pasó con más tranquilidad que la noche. El enfermo había vuelto de su letargo, merced á los cuidados del médico, é incorporado en el lecho, miraba á Melania con una especie de timidez y de rubor.

Hacíala repetir la historia de su vida entera, aquella historia que, siendo él su padre, desconocía de un modo tan completo.

—¡Oh, hija mía!—exclamó después de haber oído la narración de Melania, quien procuró endulzar todo lo posible los pormenores de sus penas.—Hija mía, ¡cuánto has padecido! ¡Si el cielo no hubiera castigado mi barbarie y mi dureza para contigo, hubiera dejado de ser justo! ¡Oh!; á no ser por la sublime misericordia de la buena Gertrudis, que con tanta paciencia como caridad consoló tus tristezas y abrió ante tus ojos la esperanza de otra vida mejor, hubieras muerto sin duda. Yo también tengo que agradecerla el que haya separado de mi corazón los remordimientos de haber causado tu muerte. ¡Dios la bendiga!

Aún hablaba el enfermo, cuando la puerta se abrió de golpe y la misma Gertrudis se precipitó

en la habitación llevando un papel en triunfo, que agitaba por cima de su cabeza.

No venía sola: detrás de ella aparecían todos los demás miembros de su familia; sucesivamente fueron entrando su marido, Felipa, el señor Pedro, su esposa, Nicolasa y las dos niñas, pues Lucía había olvidado la fiebre por venir á tomar parte en el contento general.

Luego que todos se hallaron dentro, se oyeron las voces de todos, que repetían en coro estas palabras:

—¡Cincuenta mil duros! ¡Cincuenta mil duros!

—¡No comprendo!—baluceó Melania, que se puso pálida como abrumada por el pensamiento de una felicidad inesperada.

—Pues es bien fácil, señorita—repuso Bautista;—el billete que dieron á madame Brunel por la camelia, y que ésta envió á usted y que yo tenía en mi poder, ha sido premiado con cincuenta mil duros.

—¡Pero ese dinero es de esa señora!—murmuró Melania.—Cuando la dieron el billete ya me había pagado el jarrón y las flores, y era suyo.

—Ese billete es de usted—repuso la voz dulce y sonora de Ulpiana, que acababa de entrar;—yo se lo cedí, y ese papel es sólo un instrumento de que Dios se ha valido para premiar las virtudes de usted y su resignación: ¡conozco toda su historia!

.....

.....

Melania se acercó á su padre.

—Padre mío—dijo:—¿remediarán cincuenta mil duros el desfalco de su caja de usted?

—Al menos, hija mía, me devolverán mi crédito—respondió el banquero.

—Entonces, ¡bendito sea Dios y mi jarrón—exclamó Melania,—pues me permiten á mí también CONSOLAR AL TRISTE, y este triste es mi propio padre!